

Relato Corto

La efímera oportunidad

Luis Manuel Sevillano Arruego

Estudiante de Ciencias de la Actividad Física y el Deporte, Universidad de Alcalá; luis.sevillano@edu.uah.es

DOI: <https://doi.org/10.37536/RIECS.2020.5.1.216>

Relato ganador del I Concurso de relato corto "Cuentos confiTados. Cuentos con Corona" del colectivo de estudiantes

Teletrabajar, estudiar, actualizarse, ver conferencias online, entrenar en casa, hacer manualidades o bizcochos y hasta hacer limpieza a fondo, pero ¿Cuándo viviremos?

Son días en los que recibimos información constante a través de multitud de medios: nos dicen que, si queremos optimizar nuestro tiempo, tenemos mil cosas que hacer para no "aburrirnos". Esta multitud de "basura informativa" que nos llega, de nada sirve si no somos capaces de filtrarla adecuadamente.

Muchas veces a lo largo de nuestras vidas nos sucede lo mismo una y otra vez:

¡Vemos en el resto lo que nosotros queremos o debemos hacer! ¿Por qué? Desde nuestros inicios los seres humanos hemos buscado ser aceptados en grupo y la sociedad era lo que hacía que sobreviviésemos. No digo que no haya sido y sea bueno socializar, pero es un buen momento para pararnos a pensar si realmente eso que estamos haciendo es lo que queremos hacer y nos va a acercar a lo que queremos ser en un futuro.

Esta situación de incertidumbre debería servirnos para coger perspectiva y ser conscientes de lo que nos gustaba de nuestra vida y lo que no queremos mantener en ella. Es una oportunidad y debemos intentar no desperdiciarla.

No seré yo quien diga que el arte, el deporte o la economía no sean temas sobre los que debas preocuparte y en los que debas ocupar tu tiempo, el problema viene cuando eso es lo único que haces. Ese tiempo es tuyo, debes entenderlo en el sentido más simple: vive tu vida, no encierres mente junto a cuerpo.

Hay multitud de herramientas que pueden ayudarte a madurar en este tiempo, en esta pausa, en este impás de tu vida. Medita. Sí, sí, ¿Por qué no empezar por aprender a escucharte? Pausa la multitud de tareas que te has impuesto, y simplemente escucha y siente. Siente lo que eres, lo que tienes dentro de ti y lo que tienes a tu alrededor. Y escucha. Escucha la lluvia, escucha el viento contra tu ventana o como hierve el agua de la comida que estás preparando. Siente y escucha como suenan los pasos de tu padre, o los saltos de la vecina de al lado al ritmo de la tenue música.

Ser conscientes de la vida a nuestro alrededor nos puede hacer ver que antes no la vivíamos tan plenamente como pensábamos. A lo mejor, ese trabajo por el que tanto has luchado, no te hace feliz. Quizá, esas cuatro cifras en tu cuenta corriente no lo sean todo y no te dejen ver lo infeliz que te hace estar rodeado de cientos de cosas y no sentir las parte de ti, ¿De verdad las necesitas?

Es habitual pecar al pensar que nos sobra el tiempo y no distinguir oportunidades que podrían haber hecho nuestra vida mucho más feliz, fácil o interesante. Esto es una declaración de intenciones, una carta para cualquier lector o lectora que tenga la amabilidad de gastar su tiempo con mis líneas y una forma de compartir un aprendizaje que un sueño, sobre un evento pasado, me ha aportado.

Tendría doce o trece años y era septiembre, instituto nuevo, gente nueva, inseguridad e incertidumbre. Era viernes y acababa la semana tras una clase de Educación Física en el pabellón por la lluvia. Estaba terminando de cambiarme en un vestuario abarrotado de chicos a los que apenas conocía y me tocó colocarme en el suelo, cerca de la puerta, para cambiarme. Era un chico menudo, de complexión delgada pero atlética, unas pequeñas gafas rojas y con un ligero acné.

Terminé de cambiarme, mientras salían los primeros compañeros del vestuario, las chicas se asomaban y reían tímidamente. Esperé al único amigo que tenía por aquel entonces, Jose, y salimos del vestuario juntos. Él era la antítesis física a mí, muy alto, bastante delgado, pero nada deportista. Nos unían nuestras inseguridades, la miopía y ser los últimos en llegar al centro.

Mientras nos alejábamos de los vestuarios hacia la salida, oímos a dos chicas reír y volvimos la mirada. Recuerdo a Lucía, era alta, guapa y había desarrollado antes que las otras chicas, por lo que tenía mucha seguridad en sí misma. Ella soltó un buen cumplido, agradable para mis oídos, pero difícil de asimilar para una mente joven e insegura. Me despedí de Jose y salí corriendo hacia el gran portón del instituto, para no tener que responder mientras seguía oyendo cosas similares que no estaba preparado a comentar.

De camino a casa, recordaba la situación y sentía una sensación de vergüenza enorme. Aún, sabiendo que era cierto y que era atractivo para mi edad, tardaría mucho en ser capaz de creerme que alguien pudiese sentirse atraído por mí y mucho menos una chica como Lucía. Hoy día me sigue costando creerlo, pero soy consciente de que perdí una gran oportunidad.

Esa oportunidad no estaba vinculada a una posible relación con ella, iba más allá. Esa oportunidad consistía en haber hecho nuevas amistades, haber establecido vínculos de verdad con personas que, más adelante, podrían haberme ayudado. Estas “potenciales amistades” habrían sido capaces de interceder por mí cuando se iniciase, unas semanas después, el bullying que me perseguiría hasta el final de mi etapa secundaria y bachillerato. Ese bullying acabó con mi autoestima, retrasó mi crecimiento y me limitó enormemente, pero esa es otra historia.

Nuestro relato trata sobre la pérdida de una oportunidad y lo difícil que es ver lo mucho que puede afectarnos en el futuro, pues solo lo veremos cuando este llegue y tomando perspectiva. Yo perdí mi ocasión de crear un muro frente a algo que pudiese venir, no perdáis la oportunidad de crecer frente al virus que nos apartará de nuestro yo interior. Ahora tenemos cuatro paredes, pero las que debemos derrumbar son las interiores: siéntete, escúchate y concóctete. De nada.